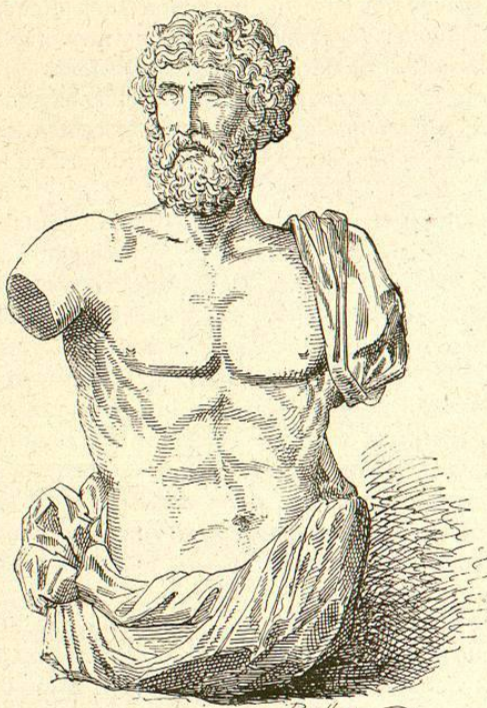


- Después, él, su suegra y su hija se abrieron las venas en el mismo aposento, con el mismo hierro, desapareciendo así tres generaciones á la vez en una misma casa (1). - El miedo es implacable, y Nerón tenía miedo: por eso después de la conspiración de Pisón, se sucedieron las órdenes de muerte con espantosa rapidez: ahora Antistio Vetus, luego Publio Anteyo, después el bravo Marco Ostorio Escápula, cuya fuerza temían los asesinos, pero que tendió la garganta sin resistencia; Anneo Mela, el padre de Lucano; y Anicio Cerialis y Rufrio Crispino, antiguo prefecto del pretorio, y Petronio, voluptuoso y afeminado, que jugando con la muerte, se abrió las venas, las volvió á cerrar, las volvió á abrir, mientras le recitaban canciones y alegres poesías. Recompensó á unos esclavos y castigó á otros, se paseó, durmió, y para terminar, des-



Torso de Júpiter (Museo del Louvre)

cribió en su testamento los más monstruosos crímenes y liviandades de Nerón y luego se lo envió cerrado (66).

Como tantos otros en aquellos tristes tiempos, Petronio había llevado mala vida, pero salía de ella honorablemente. Bien es verdad que estas estoicas muertes habían venido á ser en la Roma de entonces una de las formas ó conveniencias sociales de que no podía prescindir ningún hombre que se estimara.

La víctima más ilustre de aquella hecatombe fué Trasea Peto. «Matándolo, dice Tácito, quiso Nerón matar la virtud misma.» Se le echaba en cara no haber puesto los pies en el senado hacía tres años, no haber sacrificado nunca por la conservación del príncipe, ni por su divina voz (2), y como si esto no bastara, resistirse á aceptar la divinidad de Popea: su silencio, su alejamiento de los negocios públicos eran una acusación contra el emperador y contra sí mismo. Catón reaparecía (3).

Bien pudieran parecer tardíos estos escrúpulos después de haberlo subido el imperio á la cúspide de los honores, de simple provincial que era del municipio de Padua. Y

(1) Tácito, *Ann.* XVI, 10, 12.

(2) Se hacían sacrificios cuando el tirano estaba constipado.

(3) Trasea había escrito una Vida de Catón (Plutarco, *Cat. de Ut.* 25, 37).

cuando Eprio Marcelo instaba al consular á dejarse ver en la curia, y el pontífice á asistir á las rogativas públicas; cuando se le reprochaba la audacia de decir á menudo y sin reserva que «no existían ya ni el senado, ni los magistrados ni las leyes, ni aun Roma,» nos vemos precisados á admitir que esta conducta de un hombre tan visible, cuya casa era el punto de reunión de los personajes más ilustres de la ciudad, debía parecer una excitación á peligrosas empresas. Pero vivir en el retiro y murmurar del gobierno en medio de sus penates parecerá siempre un crimen singular. Era menester un Nerón para que recibiera Trasea la orden de librar al príncipe de una oposición tan reservada y prudente.

Desde luego se le prohibió asistir á los festejos públicos que se hicieron á la llegada de Tirídates á Roma. Entonces, en una carta fría y digna, se limitó Trasea á pedir al príncipe jueces, que sin demora se le dieron, convocándose al senado para un acto tan solemne. Ya desde el amanecer del día siguiente, como para proteger á los Padres conscriptos contra un golpe de mano de los supuestos conspiradores, rodearon la curia dos cohortes pretorianas en armas y una multitud de hombres que dejaban ver espadas bajo la toga, gente pagada sin duda para representar al pueblo en aquella tragedia y mostrarlo solícito y celoso en defensa de Nerón.

El cuestor del príncipe dió conocimiento de un mensaje imperial, donde sin nombrar á nadie, reprendía el tirano á los senadores que abandonaban las funciones públicas, legitimando con su indiferencia por los intereses del Estado la del orden equestre.

El senado comprendió y los acusadores estaban dispuestos. No parece que hubiera habido juicio contradictorio, ni menos que se atreviera nadie á tomar la defensa de Trasea. El acusado esperaba en su casa la decisión de los Padres.

Cuando le fué notificada, se preparó á morir con firmeza, pero sin arrogancia. No dirigió á sus amigos discursos estudiados, antes bien los despidió para no comprometerlos, y persuadió á Arria su esposa de la necesidad de que viviera ella conservándose para su hija. Sólo cuando le abrieron las venas, llamó al cuestor que le había llevado el decreto de muerte y le dijo: «Mira bien, joven. ¡Pluguiera á los dioses desviar este presagio! Pero has nacido en un tiempo en que es bueno fortalecer el alma con ejemplos de valor.»

Al lado de Trasea, pone Tácito al no menos virtuoso Barea Sorano. Procónsul de Asia, se había granjeado el afecto de su provincia ejecutando grandes y útiles trabajos en el puerto de Efeso y dejando de castigar á los pergamenos que se opusieron á que un liberto del emperador les arrebatara sus estatuas y cuadros. Esta solicitud y benevolencia para con sus administrados hubieron de parecer al tirano del imperio señal de desafecto á su divina persona y como un amago de rebelión, y obró en su consecuencia.

Pero había un agravio más. Servilia, hija de Sorano, había consultado á los adivinos para conocer el éxito del proceso intentado contra su padre, y complicada en la causa compareció también ante el senado.

El padre y la hija estaban de pie ante los cónsules, el padre cargado de años, la hija que apenas tenía veinte, condenada á la viudez por el reciente destierro de su marido Anio Polión y sin atreverse á levantar los ojos para mirar á su padre, cuyos peligros había agravado con la mejor voluntad.

Interrogada por el acusador si era cierto que había ven-

dido su collar y sus presentes nupciales para emplear su importe en operaciones mágicas, se dejó caer en tierra y estuvo llorando en silencio mucho tiempo. Besando en fin los altares contestó entre sollozos:

—No, yo no invoqué á ninguna divinidad siniestra; no hice ninguna imprecación, ni aquellas desgraciadas súplicas tuvieron más objeto que obtener de tí ¡oh César! y de vosotros, ¡Padres conscriptos! la salvación del mío, tan digno de ser amado. Dí á aquellos hombres mis joyas, mis vestidos, las insignias de mi clase, y les habría dado mi sangre y mi vida, si á este precio me hubieran hecho el servicio. Pero no respondo de ellos; no los conocía antes, é ignoro ahora lo que son y el arte que ejercen. En cuanto á mí, nunca hablé del príncipe, sino como se habla de los dioses. Pero, si soy culpable, á lo menos lo soy sola, porque mi infeliz padre ignoraba mi culpa...

Sorano no la dejó acabar, declarando que su hija no le había seguido al Asia; que no se la había complicado en la acusación de su marido; que no es culpable sino de un exceso de amor filial; que debe separarse la suerte de ella de la de él, y que así le sería dulce su destino cualquiera que fuese.

No hubo perdón: sólo se les permitió elegir el género de muerte.

Cada uno de los dos acusadores de Trasea recibió en recompensa de su infame servicio cinco millones de sestericios (1.250,000 francos); el de Sorano no obtuvo más que un millón y doscientos mil sestericios (300,000 francos), pero recibió además las honoríficas insignias de la cuestura. Como se ve, la profesión de delator era el más lucrativo de todos los oficios (1).

Tácito se fatiga refiriendo estos sacrificios, y por más que haga honrando la memoria de las víctimas, no puede evitar que vaguen en sus labios las palabras *paciencia servil* y *cobarde resignación*. En efecto, aquellos hombres tienen el valor de morir sin flaquear, pero no tienen el de intentar salvarse á sí mismos y al imperio con una arrolladora y tremenda desesperación.

Mientras la guerra civil se limitaba al senado, á pesar de un justo horror, podían los hombres de bien ser del partido de los que en el Palatino defendían la causa del orden y del porvenir; pero he aquí que el poder se tuerce por segunda vez hacia la más violenta y desatentada crueldad y que un histrión coronado, nulidad envanecida y endiosada, no puede vivir sin muertes y orgías, sin sangre y vino. Nerón es una bestia feroz que mata por el placer de matar. Pero caerá á su vez y pronto; caerá, porque en la historia, con más seguridad aún que en la vida civil, el castigo sigue de cerca á los grandes criminales, y casi siempre llega á tiempo para herirlos en el corazón.

Pero la venganza que se aproxima será la guerra civil y luego la usurpación militar: la plaga existente será destruída por otra, que arrojará al imperio en un desorden sangriento, hasta acabar en una nueva tiranía.

¿No había pues nada que pudiera salvar al mundo de esta doble calamidad?

A falta de instituciones, falta que hemos deplorado, el carácter de los hombres basta para conjurar muchos peligros, y acabamos de ver que Roma no carecía de personajes, cuyos nombres aun pronunciamos con respeto. Muchos también seguían una doctrina, la del Pórtico, que ha sido uno de los grandes esfuerzos del espíritu humano. Sin examinar aquí su valor filosófico, hay el derecho de pregun-

(1) Paconio, Agripino y Helvidio Prisco fueron desterrados; Montano declarado indigno de todo cargo público, etc.

tarle, en presencia de todas estas ignominias y vergüenzas, qué es lo que ha hecho para evitarlas y si sabía formar ciudadanos tan bien como hombres.

Se ha atribuído al estoicismo la grandeza que restaba en algunas almas. No les fué inútil ciertamente, ya que las sostuvo y fortaleció en el sentimiento de la dignidad humana, firme base sobre la cual se puede edificar sólidamente, pero que no debe ser sola á sostener la vida. La vieja Roma no estaba tan completamente borrada, que no se encontrara de tarde en tarde un resto del valor antiguo en la Roma nueva, como un legado de las costumbres y generaciones pasadas; y filosofando entonces todo el mundo, los hombres chapados á la antigua adoptaron aquella doctrina de Cenón, formulada para el menor número, y cuyas rudas formas se avenían muy bien con su aristocrática virtud.

«En el mundo romano, ha dicho Hegel, el estoicismo se encontró como en su casa, muy bien hallado en él.» Hasta del rebaño de Epicuro, solían salir hombres que morían tan bien como Trasea. Ya hemos visto jugar alegremente con la muerte al voluptuoso Petronio. Anúnciasele á otro que el senado va á juzgarlo. «Y bien, que juzguen; nos vamos al baño, porque es la hora.» A la vuelta se le notifica que ha sido condenado. «¿A qué, al destierro ó á la muerte?— Al destierro.— ¿Con la confiscación?—No.— En marcha pues: tan bien cenaremos en Aricia como en Roma.» Póngase, lo consiento, póngase bajo la bandera del Pórtico á todos los que en Roma se mantuvieron fuera de la corrupción general; pero habrá que convenir en que, si esta filosofía honra á sus adeptos, era incapaz de atraerse á la multitud. Pues precisamente en este carácter de fecundidad general y de proselitismo ardiente se reconocía el valor social de las doctrinas.

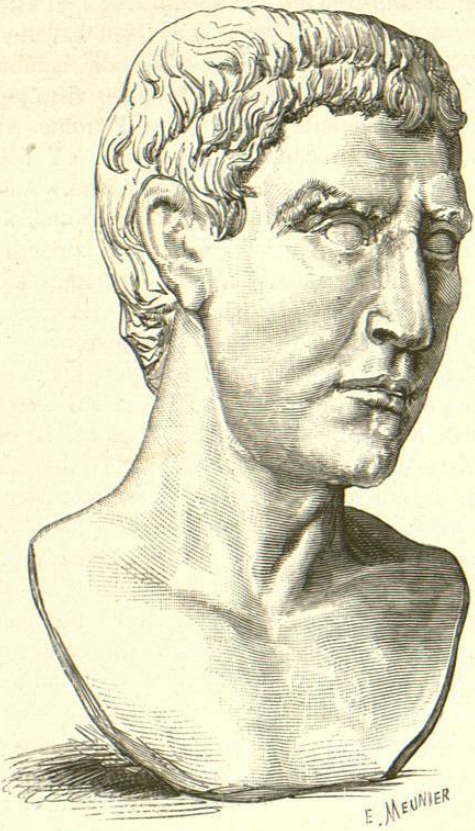
¿Qué influencia podían ejercer en el Estado hombres que miraban á lo imposible en la virtud, como Nerón en el vicio; hombres que se afanaban en mutilar la misma naturaleza humana, suprimiendo la pasión, á fin de hacer al sabio insensible á todo, hasta á la gloria; hombres que pretendiendo no tener necesidad de nada ni de nadie, compadecían á los que procuraban laboriosamente mejorar su condición ó vivían como Apolonio sólo para las cosas divinas; hombres cuyas virtuosas ingenuidades hacen recordar las sentimentales obyurgaciones de Rousseau y de su escuela? «¡Gran Dios! exclama Persio, si quieres castigar á un tirano haz que en el momento de arrastrarlo el delirio de su horrosa fiebre, vea la virtud, para que sufra el dolor de haberla abandonado.»

Imagino que al leer Nerón estos versos debió de divertirse mucho, con Tigelino y Esporo, á costa del ingenuo poeta estoico; pero que se irritaría también de encontrar en medio de su vida airada y siempre alegre aquellos hombres de faz pálida que no hablaban más que de la muerte, como si en su reinado fuera imposible vivir con honor.

El orgulloso egoísmo de la secta estaba por otra parte sostenido por la creencia en el destino, que según el estado de los ánimos lleva á la estúpida resignación ó á la acción violenta: entre estos dos extremos, los estoicos de Roma hubieron de elegir la protesta silenciosa y la dignidad de la última hora. Se hicieron un desierto en medio del mundo y en él vivieron para sí solos confinados en las cosas personales, sin elevarse á las consideraciones del bien general: eran los solitarios del paganismo. «Abstente y sufre,» era su máxima. El maestro de Epícteto, le golpea violentamente la pierna. «¡Cuidado que me la quebrarás!» Él continúa y se la quiebra. «Ya te lo había dicho.» He aquí la dura y ociosa sabiduría de todos ellos.

En política esta sabiduría engendraba descontentos que murmuraban de Nerón; pero no hacía hombres de acción ni de buen consejo (1). Así pues los estoicos dejarán que los tiranos sigan viviendo en su inicuo desenfreno y crearán haber hecho bastante con mostrarse impasibles en los tormentos y lanzar al lictor ó á la fortuna adversa las palabras de Séneca: «Contra los ultrajes de la vida tengo el recurso de la muerte.»

Pero el verdadero valor es permanecer en el campo de batalla, es continuar la lucha, pugnar, combatir siempre, y no ir á sentarse aparte y con mucho sosiego, aunque con la intención de morir bien, cuando no se permita vivir. Si los estoicos no se hubieran pagado de su ociosa virtud, si no se hubieran reducido á la resignación pasiva, acaso habrían despertado el espíritu público é impedido que el



Corbulón (2)

senado diera el vergonzoso espectáculo de la peor degradación en que jamás haya caído una asamblea política. El tumulto armado por el pueblo en favor de Octavia y contra Popea prueba que no estaba perdido todo sentimiento honrado, aun en el seno del populacho romano, y que todavía quedaba algo en que pudiera apoyarse el hombre de corazón y voluntad resuelta.

Por este lado, es decir por su doctrina de aislamiento ó abstención, el estoicismo, tan romano en otros conceptos, era lo más contrario al espíritu de la antigua Roma, donde durante seis siglos, la palabra virtud significa abnegación al Estado. Hay que recordar que ya en la decadencia de la república, la secta de Epicuro desviaba al sabio del cuida-

(1) Séneca (*de Clem.* II, 5) procura defender la doctrina estoica de *sex minime principibus regibusque bonum daturum consilium*. Tigellino representaba á Nerón... *Stoicorum arrogantia quae turbidos et negotiorum appetentes faciat* (Tác. *Ann.* XIV, 57).

(2) Busto del museo del Louvre, encontrado en Gabias, en un edificio consagrado á los mayores de la emperatriz Domicia Longina, mujer de Domiciano é hija de Corbulón.

do de los negocios comunes: las dos escuelas que más influyeron en el ánimo de los romanos del imperio, lejos de poner obstáculos á la tiranía, aun le daban más alientos en sus violencias y atropellos; la una con su indiferencia, la otra con su resignación; de modo que el despotismo imperial no estuvo más contenido por las ideas que lo estaba por las instituciones.

Por otra parte, se ha de recordar también que este despotismo no había sido insostenible hasta entonces sino á los miembros de la aristocracia senatorial. Fuera de Roma, en Italia y en las provincias, jamás se había oído hablar de conjuraciones ni aun de oposición al régimen imperial, ni se notaba en ninguna parte el más ligero indicio que pudiera interpretarse por deseo de cambios políticos.

No es maravilla tampoco: los pueblos y las ciudades habían encontrado, en interés mismo del príncipe, garantías formales casi siempre contra los excesos de los gobernadores, y en sus libertades municipales toda la independencia que necesitaban para la gestión de sus negocios y hasta para la satisfacción de su vanidad.

V. - VÍNDICE.

Pero ahora va á añadir Nerón á sus crímenes grandes faltas ó imprudencias inquietando á los que había respetado hasta aquí. Embriagado de poder, por el abuso mismo que de él hacía, creyó inquebrantable su omnimoda soberanía y entonces atropelló por todo. Deprimió á los generales de más pundonor y nombró sometiéndolos al indecoro de dar cuenta de su conducta á sus libertos, viles esclavos ayer y viles libertos hoy, y separó de los ejércitos á caudillos queridos de los soldados, por haber luchado y vencido bajo su mando y conducta. Suetonio Paulino, el vencedor de moros y bretones, cayó en desgracia del príncipe, y Plaucio Silvano, el hábil gobernador de la Mesia, fué olvidado en el favor y en la justicia. Dos hermanos de la antigua familia Escribonia, Rufo y Próculo, mandaban los ejércitos de las dos Germanias; y llamados con pretexto de haber de tratar con el mismo emperador sobre negocios de interés de sus respectivas provincias, encontraron en el camino la orden de darse la muerte. Igual suerte tuvo el mejor capitán de aquel tiempo: Domicio Corbulón. Atraído á Grecia, apenas hubo saltado en tierra en el puerto de Ceneas, cuando los siniestros ejecutores de los odios imperiales lo rodearon. Corbulón se traspasó con su espada diciendo: «Bien lo he merecido.» ¿Era el pesar de haber servido á tal hombre ó de no haberlo derribado (3)?

Cuando los generales vieron la suerte que se había reservado á los más ilustres de ellos, todos se sintieron amenazados, y algunos, como Galba, se prepararon viendo venir una crisis inevitable y próxima.

Nerón se enajenaba así las voluntades de los soldados y de los provinciales. Los ejércitos eran ocasión de gastos, y las provincias medios de ingresos; para mantener en sus rentas el equilibrio roto por sus prodigalidades, Nerón no pagaba ya á los unos y recargaba á las otras; Dion afirma que hasta llegó á suspender la distribución de trigo en Roma, y hemos visto que la sublevación de la Bretaña había

(3) Fué acusado por uno de sus oficiales, Arrio Varo (Tácito, *Hist.* III, 6). Dion (LXII, 19) dice que muchos estaban dispuestos á proclamarlo emperador, y Suetonio (*Nero*, 36) añade que Anio Viniciano, yerno de Corbulón, fué el jefe de una conspiración, preparada y descubierta en Benevento. Aurelio Víctor (*de Cesar.* 5) habla también de muchas conjuraciones... Pero hay que reconocer que no se sabe nada de la conjuración de Viniciano, ni qué relación pudo tener con la muerte de Corbulón.

reconocido por causa el establecimiento de recargos insostenibles. A los productos del impuesto añadió otros provechos: ya en otro lugar me hice cargo de sus exacciones después del incendio de Roma; y con el tiempo encontrará nuevos recursos. Hizo el negocio á medias con los concusionarios, permitió el pillaje á condición de tomar su parte y no confirió un cargo sin prevenir: «Ya sabes lo que necesito.» O bien: «Hagamos de modo que no les quede nada.»

Como destituyó á los generales más queridos de los soldados, separó á los gobernadores bienquistos en sus provincias, por ejemplo, á Barea Sorano, aquel procónsul de Asia, que pereció el 65 víctima de su integridad, de sus talentos y de la estimación que merecía entre las gentes de Pérgamo y de Efeso. Suelen ponerse las revoluciones á cuenta de la movilidad popular. ¡Cuántas veces han abonado los gobiernos con sus propias manos el abismo en que se han hundido!

Otra causa de ruina para las provincias hubieran sido los viajes de la corte, porque Nerón no se ponía nunca en camino, sino con un séquito de mil carros. A dicha no salió de Italia más que una vez, que fué algún tiempo después de la llegada de Tiridates á Roma. Este príncipe traía consigo á sus hijos, á los de sus hermanos Vologeso y Pacoro, y á su mujer, que para ocultar sus facciones, llevaba en lugar de un velo un casco de oro. Tres mil jinetes partos y una numerosa escolta romana le daban un ejército por cortejo.

Así atravesó el Asia, la Tracia, la Grecia y la Iliria, prolongando el viaje por el temor supersticioso que le causaba la mar (1) y arruinando de pasada á las ciudades á las cuales costaba en un día las rentas de muchos años el honor de ver dentro de sus muros á un rey de la Armenia.

Entró en Italia rodeando el Adriático y llegó á Nápoles, adonde lo esperaba Nerón, y ya en su presencia, hincó la rodilla en tierra. Y he aquí un rasgo de suspicaz previsión, que recuerda cierta costumbre de la Edad media: no se había exigido que para la entrevista depusiera el Arsácide su espada, pero se fijó la hoja á la vaina con un clavo.

Después hubo en Nápoles y en Puzolo grandes fiestas y juegos, en los cuales dió pruebas Tiridates de su destreza en el manejo del arco (2).

Importábale mucho á Nerón presentar á los romanos en la condición de vasallo al hijo del que llamaban rey de los reyes, y volvió á Roma con su huésped. Los pretorianos formaron alrededor del Foro; Nerón fué á sentarse á los Rostros en una silla curul, vestido con la púrpura triunfal y rodeado de águilas ó estandartes militares. Tiridates subió las gradas del estrado y se puso de rodillas á los pies de Nerón, el cual le quitó la tiara y le ciñó la diadema, mientras un antiguo pretor explicaba al pueblo, traduciendo del armenio al latín, las palabras del rey extranjero.

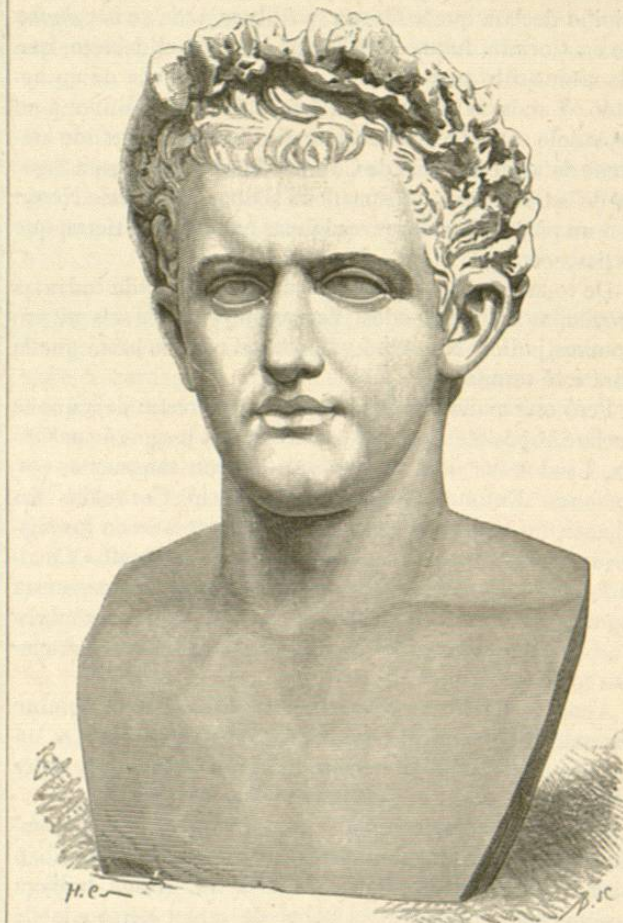
Después se le condujo al teatro, donde la multitud saludó á Nerón con el título de *imperator*. Como después de una grande y decisiva victoria, el emperador llevó al Capitolio una corona de laurel y cerró el templo de Jano (66).

Semejante fiesta, de bélico aparato, aunque pacífica de suyo, hubo de despertar en el ánimo de Nerón sus sueños de gloria y de conquista; sino que vacilaba entre una expe-

(1) Según la doctrina de los magos, el agua salada es impura (Plinio, *Hist. nat.* XXX, 17). Sin embargo, volvió por Brindis á Dirraquio.

(2) Suetonio (*Nero*, 30) dice que el gasto diario ascendía á 800,000 sesteracios, lo que monta en total para todo el viaje de ida y vuelta, que duró nueve meses, unos 200 millones de sesteracios. Pero Nerón le hizo un donativo de cien millones de sesteracios, según Suetonio; de cincuenta millones de dracmas, según Dion.

dición á Etiopía, donde hubiera buscado las fuentes del Nilo desconocidas entonces, una guerra contra los partos para rivalizar con Alejandro ó contra los albanes para forzar los pasos del Cáucaso que ningún general griego ni romano había hasta la fecha pasado. Así atormentaba aquella imaginación extraviada por haber sido siempre satisfecha y aquel espíritu ávido siempre de lo maravilloso, porque no esperaba ya sensaciones nuevas sino en lo desconocido ó imposible (3). En otro tiempo había creído en los inmensos tesoros de Dido enterrados en Africa, y había revuelto el suelo de la provincia en su afán de dar con ellos. Estudiaba la magia con pasión; y cuando Tiridates llegó con sus caldeos, le interrogó sobre todos sus secretos. No en-



Nerón coronado. (Busto del museo del Louvre)

contrando más que el vacío y la nada, se dió á pensar en las grandes obras que la mano del hombre puede realizar. Querrá cortar desde luego el istmo de Corinto y ahora se pregunta cuál de los extremos del mundo, bajo el fuego de Sirio ó los hielos de la Osa, verá sus águilas victoriosas. Ya han partido sus espías á reconocer el Cáucaso y dos centuriones han penetrado hasta inaccesibles rocas, desde las cuales se precipita el Nilo á pantanos inexplorables.

En cuanto á él, si aun permanece en Roma, es para organizar sus ejércitos: las legiones de Iliria, de Germania y Bretaña, suministrarán cuerpos escogidos. Italia misma se despierta al ruido de este ardor guerrero y da á su emperador una legión cuyos soldados tienen todos seis pies de talla: Nerón la llama «la falange de Alejandro Magno.»

Y parte, mas por de pronto el ejército que lo sigue no lleva el *pilum* ni el escudo: la lira ha sustituido á la espada y los cascos son máscaras teatrales. Es un ejército de bai-

(3) *Incredibilium cupitor* (Tácito, *Ann.* XV, 42).